



Lectura del santo Evangelio según san Juan 14,1-12:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino».

Tomás le dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Jesús le responde: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto».

Felipe le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Jesús le replica: «Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aun mayores, porque yo me voy al Padre».



El Evangelio de este quinto domingo de Pascua propone un doble mandamiento sobre la fe: creer en Dios y creer en Jesús. En efecto, el Señor dice a sus discípulos: «*Creed en Dios y creed también en mí*» (Jn 14, 1). No son dos actos separados, sino un único acto de fe, la plena adhesión a la salvación llevada a cabo por Dios Padre mediante su Hijo unigénito. El Nuevo Testamento puso fin a la invisibilidad del Padre. Dios mostró su rostro, como confirma la respuesta de Jesús al apóstol Felipe: «*Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*» (Jn 14, 9). El Hijo de Dios, con su encarnación, muerte y resurrección, nos libró de la esclavitud del pecado para darnos la libertad de los hijos de Dios, y nos dio a conocer el rostro de Dios, que es amor: **Dios se puede ver, es visible en Cristo.**

Santa Teresa de Ávila escribe que no hay que «*apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo*» (Castillo interior, 7, 6). Por tanto, sólo creyendo en Cristo, permaneciendo unidos a él, los discípulos, entre quienes estamos también nosotros, pueden continuar su acción permanente en la historia: «*En verdad, en verdad os digo — dice el Señor—: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago*» (Jn 14, 12).

La fe en Jesús conlleva seguirlo cada día, en las sencillas acciones que componen nuestra jornada. «Es propio del misterio de Dios **actuar de manera discreta.** Sólo poco a poco va construyendo su historia en la gran historia de la humanidad. Se hace hombre, pero de tal modo que puede ser ignorado por sus contemporáneos, por las fuerzas de renombre en la historia. Padece y muere y, como Resucitado, quiere llegar a la humanidad solamente mediante la fe de los suyos, a los que se manifiesta. No cesa de llamar con suavidad a las puertas de nuestro corazón y, si le abrimos, nos hace lentamente capaces de "ver"» (Benedicto XVI. Jesús de Nazaret II).

El compromiso de anunciar a Jesucristo, «**el camino, la verdad y la vida**» (Jn 14, 6), constituye la tarea principal de la Iglesia. Invoquemos a la Virgen María para que asista siempre a los pastores y a cuantos en los diversos ministerios anuncian el alegre mensaje de salvación, para que la Palabra de Dios se difunda y el número de los discípulos se multiplique (cf. Hch 6, 7). (Benedicto XVI)

Es Tomás quien en la última cena pregunta: «Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». La respuesta de Jesús es una de las frases más importantes del Evangelio; indica el camino y la meta final: **«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí».**

1. «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»

San Agustín afirma que "era necesario que Jesús dijese: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", porque una vez conocido el camino faltaba por conocer la meta", y la meta es el Padre. Para los cristianos, para cada uno de nosotros, por tanto, **el Camino al Padre es dejarse guiar por Jesús**, por su palabra de Verdad, y acoger el don de su Vida.

Hagamos nuestra la invitación de san Buenaventura: "Abre por tanto los ojos, tiende el oído espiritual, abre tus labios y dispón tu corazón, para que puedas **en todas las criaturas ver, escuchar, alabar, amar, venerar, glorificar, honrar a tu Dios**" (*Itinerarium mentis in Deum*, I, 15).

2. «Yo soy el CAMINO»

Para Israel, la Ley era considerada como el camino que conduce a la vida. Son frecuentes en los Salmos expresiones en este sentido: «Hazme vivir conforme a tu palabra... hazme entender el camino de tus mandatos... He escogido el camino de la lealtad a ti, a tus juicios me conformo... Corro por el camino de tus mandamientos... Enséñame, Señor, el camino de tus preceptos»

En este trasfondo adquiere la declaración de Jesús todo su sentido y profundidad: «Yo soy el camino».

«**Soy camino**», me dice Jesús, pero un camino, no material, físico, que me traslada de un punto a otro del espacio, sino **un camino espiritual**, vivo, que me ilumina con sus divinos ejemplos, y me da fuerzas para **estar indiferente a todas las cosas creadas**. Sus divinos ejemplos, esas maneras celestiales de pensar, de vivir, de actuar, tienen una fuerza seductora tan grande que me arrastran a seguirle; la debilidad desaparece, la desconfianza se evapora. Ya puedo decir: Todo lo puedo en Aquel que me conforta. Y Él me dice: «Ven, sígueme, y tendrás fuerza, y tendrás consuelo, y tendrás vacaciones eternas desligándote de todo lo visible y hasta de ti mismo» (P, Morales).

3. «Yo soy la VERDAD»

Vivimos en una época en la que se es más bien escéptico con respecto a la verdad. Benedicto XVI ha hablado muchas veces de relativismo, es decir, la tendencia a creer que no hay nada definitivo, y a pensar que la verdad está dada por el consenso general o por lo que nosotros queremos. Surge la pregunta: ¿existe realmente "la" verdad? ¿Qué es "la" verdad? ¿Podemos conocerla? ¿Podemos encontrarla?

Aquí me viene a la memoria la pregunta del procurador romano Poncio Pilato cuando Jesús le revela el sentido profundo de su misión: "¿Qué es la verdad?". Pilato no llega a entender que "la" Verdad está frente a él, no es capaz de ver en Jesús el rostro de la verdad, que es el rostro de Dios. Y, sin embargo, **Jesús es la Verdad**, la cual, en la plenitud de los tiempos, "se hizo carne", que vino entre nosotros para que la conociéramos. **La verdad no se aferra como una cosa, la verdad se encuentra. No es una posesión, es un encuentro con una Persona.** (Papa Francisco)

4. «Yo soy la VIDA»

¿De qué vida se trata? Sin duda de la **vida definitiva, no de la vida terrena**. Jesús no es solo un medio, Él es ya el punto de llegada. Él es la Vida eterna que todos anhelamos y a la cual todos estamos destinados. Toda la primera carta de San Juan queda incluida entre dos afirmaciones de la Vida. Comienza diciendo: «La Vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna». Y concluye: «Nosotros estamos en... Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la Vida eterna» (1Jn 1,2... 5,20). Por eso, Jesús es tajante en decir: **«Nadie va al Padre sino por mí».**

No dejes de hablar con el Señor y la Santísima Virgen, desde el corazón, sobre lo que has meditado.

TEXTOS PARA MEDITAR

➤ DE SAN AGUSTÍN: **Cristo es el camino hacia la luz, la verdad y la vida**

El Señor dijo concisamente: *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.* Con estas palabras nos mandó una cosa y nos prometió otra. **Hagamos lo que nos mandó** y, de esta forma, no desearemos de manera insolente lo que nos prometió; no sea que tenga que decimos el día del juicio: «¿Hiciste lo que mandé, para poder pedirme ahora lo que prometí?» «¿Qué es lo que mandaste, Señor, Dios nuestro?» Te dice: «Que me siguieras» Pediste un consejo de vida. ¿De qué vida sino de aquella de la que se dijo: *En ti está la fuente de la vida?*

Conque hagámoslo ahora, sigamos al Señor: **desatemos aquellas ataduras que nos impiden seguirlo.** Pero ¿quién será capaz de desatar tales nudos, si no nos ayuda aquel mismo a quien se dijo: *Rompiste mis cadenas?* El mimo de quien en otro Salmo se afirma: *El Señor liberta a los cautivos, el Señor endereza a los que ya se doblan.*

¿Y en pos de qué corren los liberados y los puestos en pie, sino de la luz de la que han oído: *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no camina en tinieblas?* Porque el Señor abre los ojos al ciego. Quedaremos iluminados, hermanos, si tenemos el colirio de la fe. Porque fue necesaria la saliva de Cristo mezclada con tierra para ungir al ciego de nacimiento. También nosotros hemos nacido ciegos por causa de Adán, y **necesitamos que el Señor nos ilumine.** Mezcló saliva con tierra; por ello está escrito: *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.* Mezcló saliva con tierra, pues estaba también anunciado: *La verdad brota de la tierra;* y Él mismo había dicho: **Yo soy el camino, la verdad, y la vida.**

Disfrutaremos de la verdad cuando lleguemos a verlo cara a cara, pues también esto se nos promete. Porque, ¿quién se atrevería a esperar lo que Dios no se hubiese dignado dar o prometer? Lo veremos cara a cara. El Apóstol dice: *Ahora vemos confusamente en un espejo; entonces veremos cara a cara.* Y Juan añade en su carta: *Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es.* Esta es una gran promesa.

Si lo amas, síguelo. «Yo lo amo –me dices-, pero ¿por qué camino lo sigo?». Si el Señor, tu Dios, te hubiese dicho: «Yo soy la verdad y la vida», y tú deseases la verdad y anhelaras la vida, sin duda que hubieras preguntado por el camino para alcanzarlas, y te estarías diciendo: «Gran cosa es la verdad, gran cosa es la vida; ojalá mi alma tuviera la posibilidad de llegar hasta ellas.»

¿Quieres saber por dónde has de ir? Oye que el Señor dice primero: **Yo soy el camino.** Antes de decirte a donde, te dijo por dónde: *Yo soy el camino.* ¿Y a dónde lleva el camino? **A la verdad y a la vida.** Primero dijo por dónde tenías que ir, y luego a donde. *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.* Permaneciendo junto al Padre, es la verdad y la vida; al vestirse de carne, se hace camino.

No se te dice: «Trabaja por dar con el camino, para que llegues a la verdad y a la vida»; no se te ordena esto. Perezoso, ¡levántate! El mismo camino viene hacia ti y te despierta del sueño en que estabas dormido, si es que en verdad te despierta; levántate, pues, y anda.

A lo mejor estás intentando andar y no puedes, porque te duelen los pies. Y ¿por qué te duelen los pies?; ¿acaso porque anduvieron por caminos tortuosos, bajo los impulsos de la avaricia? Pero piensa que la Palabra de Dios sanó también a los cojos. «Tengo los pies sanos –dices-, pero no puedo ver el camino». Piensa que también iluminó a los ciegos.

Yo soy el camino, la verdad y la vida, te dice la suavidad, la misericordia, y el perdón de Dios encarnado en Jesucristo. «Soy camino». Sus divinos ejemplos, esas maneras celestiales de pensar, de vivir, de actuar, tienen una fuerza seductora tan grande que ya nos arrastran a seguirle; la debilidad desaparece, la desconfianza se evapora. *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*. **«Ven, sígueme, y tendrás fuerza, y tendrás consuelo, y tendrás vacaciones eternas desligándote de todo lo visible y hasta de ti».**

Sus maneras celestiales y divinas nos enseñan a vivir aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (Tt1). ...

Aprovecha el Señor la incompreensión de sus apóstoles, en particular de Tomás y Felipe, para darnos una enseñanza diáfana, sublime, divina, de lo que es Él: nuestro Rey, nuestro Hermano, nuestro Dios, nuestro Salvador... ¡todo! *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre si no por Mí. Si me hubieseis conocido a Mí, habrías conocido sin duda a mi Padre. Quien me ve a Mí ve también al Padre. ¡Ven, Espíritu Santo! Nadie va al Padre si no es por Mí. Nadie va a Dios, a la Divinidad, sin unirse con Jesucristo primero*. No sólo en cuanto Verbo, como segunda Persona de la Santísima Trinidad, sino también en cuanto hombre por medio de su Santísima Humanidad.

Dios me ha dado la Humanidad Santísima de Jesús precisamente para que me encuentre con la Divinidad. Si Cristo es la efusión viviente del amor de Dios, del amor que Dios me tiene, pues ese amor chorreará a través de los poros de la piel de la Humanidad Santísima de Jesús, o si quieres de su Corazón. Si por Cristo somos hijos de Dios, y sólo en Él y por Él Dios nos ha dado todas las cosas, no hay más remedio que unirse con su Humanidad Santísima. Acerca de esto, santa Teresa y san Ignacio nos enseñan una doctrina hermosísima y muy útil: que **la Humanidad Santísima de Cristo ha de ser el medio para la más subida contemplación**.

...Las palabras de santa Teresa son muy decisivas; porque ella tuvo una lucha muy grande en este sentido, porque algunos, incluso teólogos, le decían que no era el camino para encontrar a Dios la Humanidad Santísima de Jesús. Pero, sin embargo, al contemplar a Jesús en la Pasión, San Alberto Magno dice "*Per vulnera Humanitatis ad intima Divinitatis*". Por las heridas de su Humanidad penetraremos en lo íntimo de la Divinidad. Da la razón a la Santa.

«Todo nuestro bien y remedio es la Sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo». Qué palabras tan sentidas, tan profundas de santa Teresa: *«La causa de no aprovecharse —sigue diciendo— muchas almas es apartarse de la Humanidad de Cristo»*.

Y lo mismo San Juan de Ávila que se queda sorprendido del amor que Dios Padre por su Hijo divino. *«¿Por qué querrá tanto —pregunta— Dios Padre a esta Humanidad y a esta humillación de su Hijo único?»* Y responde: le quiere tanto porque es su Hijo, por supuesto, y lo demuestra *"no dando su amistad divina sino a quien cree en ella"*.

"Quien entre por esta puerta se salvará" (Jn 10). Quien entre por esta la de la Humanidad Santísima de Jesús se salvará. Por eso el riesgo de deísmo hoy: *«Yo soy católico a mi manera, busco a Dios como me parece; me fabrico un Cristo salvador de hombres, revolucionario, un Cristo hombre... Pero en realidad rechazo un Cristo que es Dios...»*

Por eso qué importante conocer de verdad que **Jesús es el Camino**. Y **no lo conozco hasta que lo vivo abandonándome totalmente a la voluntad del Padre**. Ya santa Teresa advertía en su tiempo algo que hoy tiene todavía más actualidad: *«No son tiempos estos para creer sino a los que viéredes van conformes a la vida de Cristo»*. ¿Y quiénes van conformes a la vida de Cristo? Pues los santos que la Iglesia canoniza.